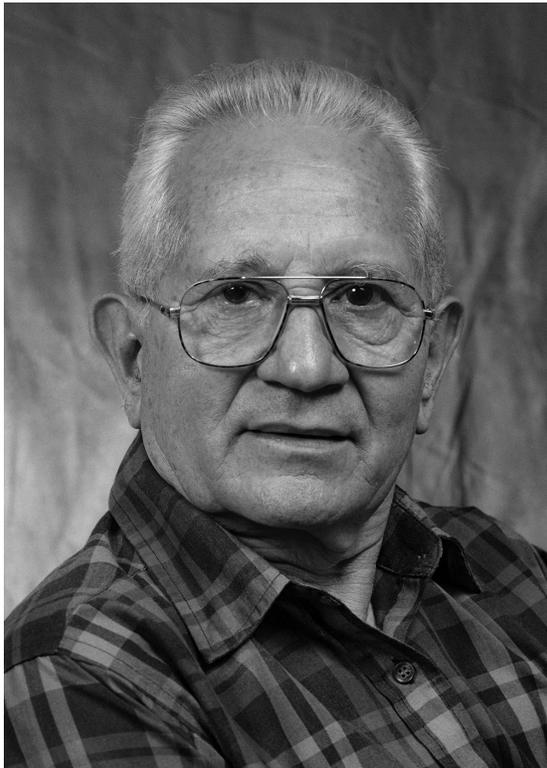


Un renombrado maestro elogia a otro grande del arte hondureño: Moisés Becerra escribe en honor a Arturo Luna

Arturo Luna López (1926-1978) es de esos artistas que dejan huella, legado que lastimosamente en sociedades como la nuestra con el paso del tiempo se desvanece poco a poco hasta que se pierde en el olvido. Por ello es importante transcribir el escrito que Moisés Becerra (1926-2018) le dedica al artista Luna a poco tiempo de acaecido su deceso. Fue publicado en tres partes en diario *El Día* en sus ediciones del sábado 10, lunes 12 y martes 13 de junio del año 1978 con el sentido título de *El valor de los Caolines*, una manera de honrar el material primario con el que el artista Luna trabajó desde sus tempranos inicios. De hecho, Becerra menciona en su escrito que en el año 1953 cuando ambos estaban estudiando en Italia, Arturo Luna le mostró en una conversación en Roma una bolsita azul que guardaba siempre en el bolsillo de su camisa en donde llevaba los primeros óxidos con los cuales trabajaba en sus iniciales años de estudio en la Escuela Nacional de Bellas Artes a sus tempranos 16 años de vida, lo que demuestra el apego a sus raíces y el acendrado amor a la patria en ese momento a ellos tan lejana.

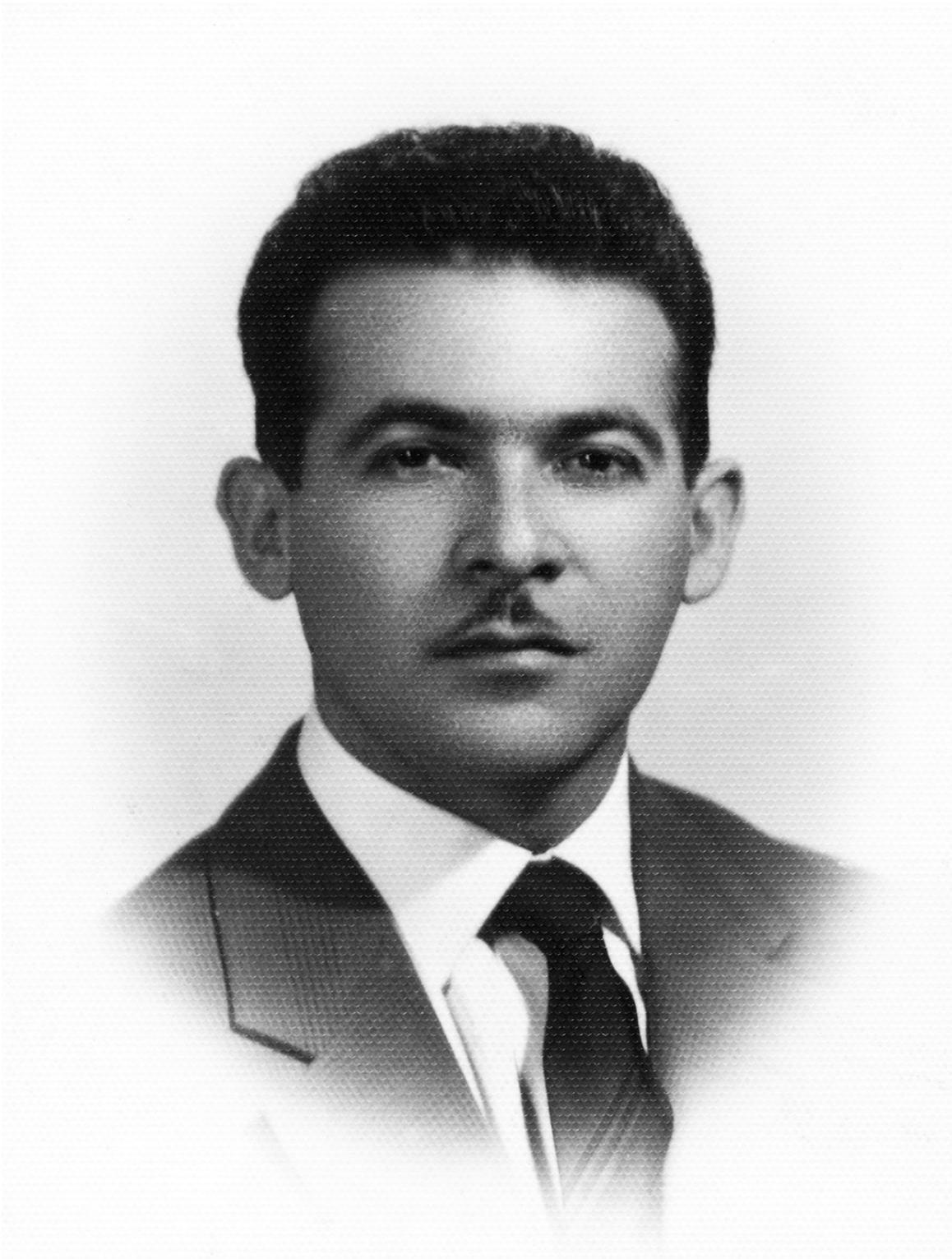
Y si bien es cierto que el escrito de Becerra es en honor al artista Luna, en sus renglones encontramos también una parte de la historia del arte hondureño, en especial los primeros años de la Escuela Nacional de Bellas Artes y sus carencias, así como sus escasos recursos en la primera década luego de su fundación en el año 1940.



Menciona también a aquellos que enseñaban en ella y que como lastimosamente sucede a muchos artistas hondureños terminan sus existencias abandonados y casi olvidados, como el maestro Serafín, hábil alfarero que impartió los primeros conocimientos a Arturo Luna y a los primeros estudiantes de la Escuela y que por trabajar en tan precarias condiciones se veía impotente ante el fracaso de las quemadas en el horno y se perdía varios días regresando como dice Becerra: *despidiendo el olor pasado de la caña guarapa*, su triste compañía y consuelo.

Por ello es relevante publicar estas sentidas palabras de un maestro de la plástica nacional a otro reconocido artista en su partida. Es también una forma de recordar a ambos, ya que los dos han fallecido. Se acompaña el escrito con fotografías de los artistas y obras de Arturo

Retrato de Moisés Becerra. Fotografía por Evaristo López Rojas, negativo en película blanco y negro formato 120mm. Ca. 1994.



Retrato formal de un joven Arturo Luna. Foto Gorini Faenza. Fecha desconocida, copia en papel fotográfico 7 x 9.5 cm.
Esta copia fotográfica pertenece a la colección documental del poeta Roberto Sosa.

Luna, así admirando su legado honramos también al artista que las creó. Sus piezas han quedado en mayor parte en colecciones privadas, son escasas sus obras en colecciones públicas, de hecho nuestra universidad en su acervo no cuenta con una de ellas, por lo que recuperar el registro fotográfico de sus obras es también enriquecer la memoria visual del arte hondureño y recordando las palabras de un maestro honramos el legado y la memoria de otro maestro.



Arturo Luna (al centro de la imagen) en la *Piazza Duomo* de Milán, Italia.
Autor desconocido, 1956, copia en papel fotográfico 8.75 x 13.8 cm.

Arturo Luna López nació el 31 de marzo del año 1926 en Santa Rita, Copán, a escasos kilómetros de la esplendorosa ciudad del período clásico maya, quizá por ello la estética y temática de su obra llevó siempre la reminiscencia de ese pasado de esplendor. Un adolescente con innato talento artístico cruzó el país buscando nutrir su vocación en la recién fundada Escuela Nacional de Bellas Artes, junto a grandes de la talla de Moisés Becerra o Miguel Ángel Ruiz Matute, compañeros de formación y amistades que le acompañaron para toda la vida. De ahí que Becerra le dedicará las sentidas palabras que en las páginas subsiguientes transcribimos, alto honor que el artista Luna siempre merecerá. Su deceso ocurrió el 9 de marzo de 1978 dejando un gran vacío tras su partida.

Su obra lastimosamente ha quedado dispersa en distintas colecciones particulares, existiendo poco de su arte en exhibiciones de carácter público, por ello también acompañamos las palabras de Becerra con una reducida selección de su vasta producción artística, quedando siempre en deuda la academia para crear tan necesario corpus visual del arte hondureño y de sus máximos exponentes, sólo así el estudio académico del arte y de los artistas se potenciará, solo de esa manera aunque nos dejen físicamente los creadores, su legado presente en cada obra perdurará.

Moisés Becerra. El valor de los Caolines

Diario *El Día*, sábado 10 de junio de 1978. Año XXX. No. 9599, páginas 5 y 16

La desaparición física de Arturo Luna deja un vacío en el arte de Honduras, especialmente en el campo de la cerámica.

Colocar a este artista entre los valores de Honduras no es difícil si hablamos de su formación artística en primer lugar y de su aporte al arte en su segundo tiempo.

“Pituro”, como llamábamos cariñosamente los amigos, aprendió rudimentos de cerámica bajo la dirección de Serafín, el hábil alfarero de la Escuela Nacional de Bellas Artes en tiempos muy penosos. El período que va de 1940 a 1945, que coincide plenamente con los conflictos bélicos de la Segunda Gran Guerra, fue un período difícil para la Escuela que carecía de recursos económicos, de equipo adecuado y de materiales necesarios para su desarrollo. Estas circunstancias influyeron mucho en el ambiente escolar y los jóvenes con beca que venían de las ciudades y regiones apartadas del país se convertían luego en colaboradores de la Escuela y en alumnos aplicados al mismo tiempo. Dos veces por semana Arturo será ayudante de los albañiles o de los carpinteros que ensanchan las secciones de Cerámica, Escultura y Talla en madera. Con frecuencia lo veremos pegar piedra sobre piedra o aserrar pino de tabla. El tiempo que le quedaba para el oficio de ceramista lo dedicaba a la depuración de la arcilla, a quemar yeso en piedra, a pulverizar plomo y cobre o a las

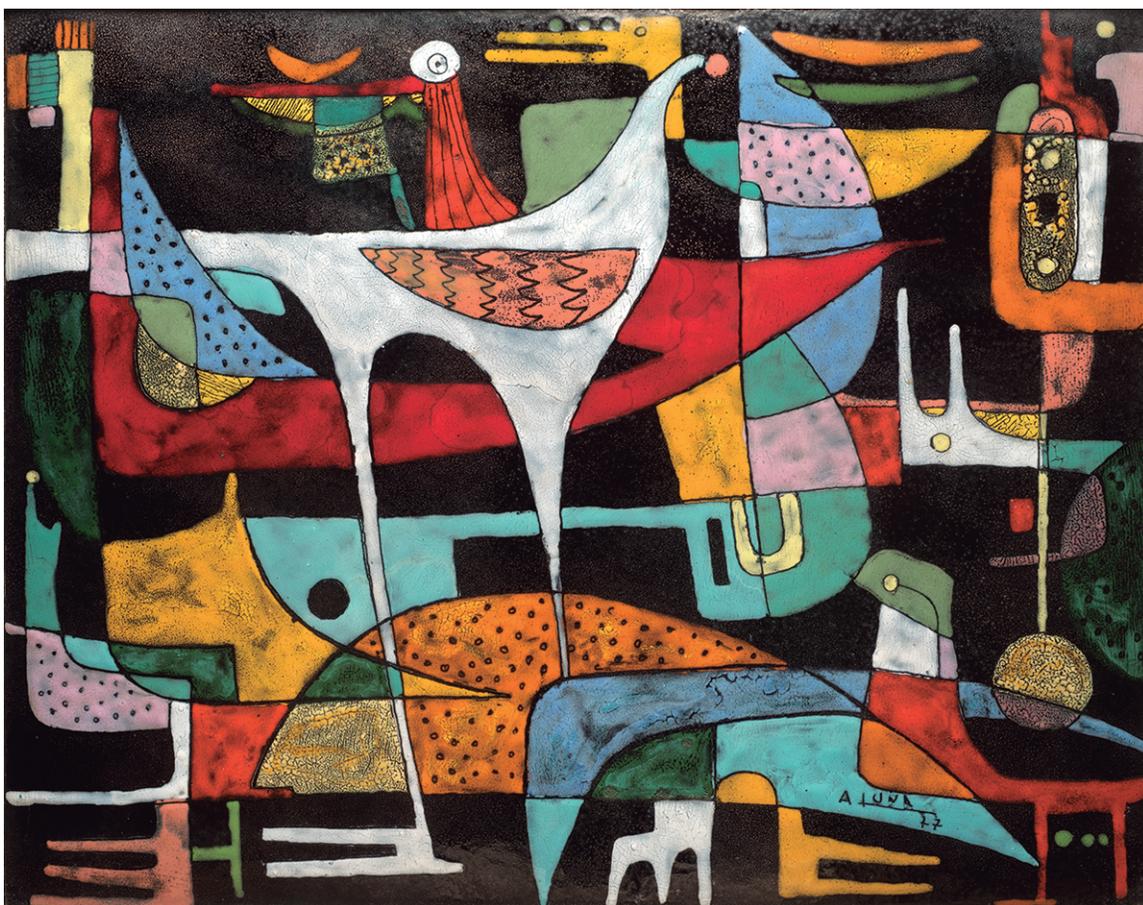
prácticas en los tornos. Tiene apenas dieciséis años de edad, es de sana y fuerte constitución física, de frente amplia, de nariz recta bien formada, de ojos almendrados y boca sutil, y de modales suaves, comedido. Nunca lo vimos enfadarse con alguien o tomarse libertades que perjudicaran la dignidad de sus semejantes. Recién llegado a la capital nos habla ininterrumpidamente de Santa Rita, Colinas y Copán Ruinas, lugares maravillosos de su infancia y adolescencia y que él nunca olvidara.

Un día recuerdo que fue motivo de risión como sucedía con los muchachos neófitos que, por primera vez, practicaban modelados en los tornos de madera. Cuando él quiso construir su primer cacharro la arcilla se le escapó de las manos por la velocidad del torno formándose un cartucho ridículo. Los muchachos que presenciaban la escena riéronse a carcajadas y regocijados le insinuaban estas frases recurrentes: “¡Se te escapó el churute!” “¡Se te escapó el churute!”... Y reían como locos, él también reía e insistía con paciencia hasta que Serafín intervino para demostrarle a los muchachos como torneare con arte. Arturo, todo ojos, vio que de las manos aceradas del maestro salían los cacharros como por arte de magia: iguales, siempre iguales, verdes, siempre verdes ya acabados. Arturo, en poco tiempo, aprendió a torneare perfección y de aquellas manos jóvenes

y afiladas salían los cacharros perfectos comparables a los del maestro. El problema para Arturo no fue el torno y mucho menos la cochura de las “obras”, sino el de los vidriados. Razón tenía el maestro Serafín cuando en voz baja le decía estas palabras: “Pituro, este horno maldito nos va a fregar la vida”. Evidentemente el horno tenía defectos y por la irregularidad del calor chorreaba las piezas o las “soplaba”, es decir, les volvía añicos el vidriado. Serafín echaba rayos, desaparecía de la Escuela y volvía a los tres días con la cara amoratada, despidiendo el olor pasado de la caña guarapa y dando órdenes redentoras. Arturo y sus compañeros regresaban a las pilas también a preparar nuevamente las pastas o a pulverizar plomo y cobre con unos rodillos de hierro que comprimían contra el suelo endurecido. ¿Qué hacer para acabar con el atraso y progresar?, se preguntaba Arturo a cada paso de su vida pobre,

cotidiana; pero su voz débil rápidamente se apagaba en el silencio de las tardes tropicales y volvía a “la quema” con suma insistencia. Otra vez ante el horno. “El Traga Leña”, aparecían en rueda los muchachos echándole “barajos” y comentando con estilo juvenil sus esperanzas: “Esta vez nos salvamos” “Esta vez salen virguitos”. Automáticamente el “mounstruo” hacia de las suyas ya. Duras penas se salvaban unas cuantas piezas que Serafín almacenaba para la exposición anual de Bellas Artes. Participar a las exposiciones era cuestión de necesidad y de prestigio al mismo tiempo. Arturo tenía ocho cacharros clasificados y podía estar tranquilo pero él se mortificaba mucho porque su maestro desmoralizaba continuamente y sus compañeros no tenían ni siquiera a mitad con que acreditarse como becados.

(Continuará)



Arturo Luna. Sin título. 1977. Esmalte sobre cobre. 37 x 29 cm.
Fotografía por Paúl Martínez en formato digital 35mm, 2022.

Moisés Becerra. El valor de los Caolines

Diario *El Día*, lunes 12 de junio de 1978. Año XXX. No. 9600, páginas 5 y 12

Para progresar fue necesaria la intervención decidida de Arturo López Rodezno, fundador y director dinámico de la Escuela. Rodezno contrató un experto en Estados Unidos por dos años. El ceramista se presentó a los pocos meses de firmar el contrato; visitó la Escuela, examinó detalladamente las cosas del improvisado laboratorio y a cada paso sonreía; inspeccionó por último el horno “maldito” y con su boca grande y roja hizo una mueca fría de desaprobación. “Espitinglis”, el alumno que servía de intérprete, comunicó inmediatamente que el huésped para trabajar con eficiencia deseaba el laboratorio completo y un horno nuevo. Rodezno, que había puesto sus buenos oficios ante el Gobierno, aprobó la cosa y dijo que algo se haría al respecto.

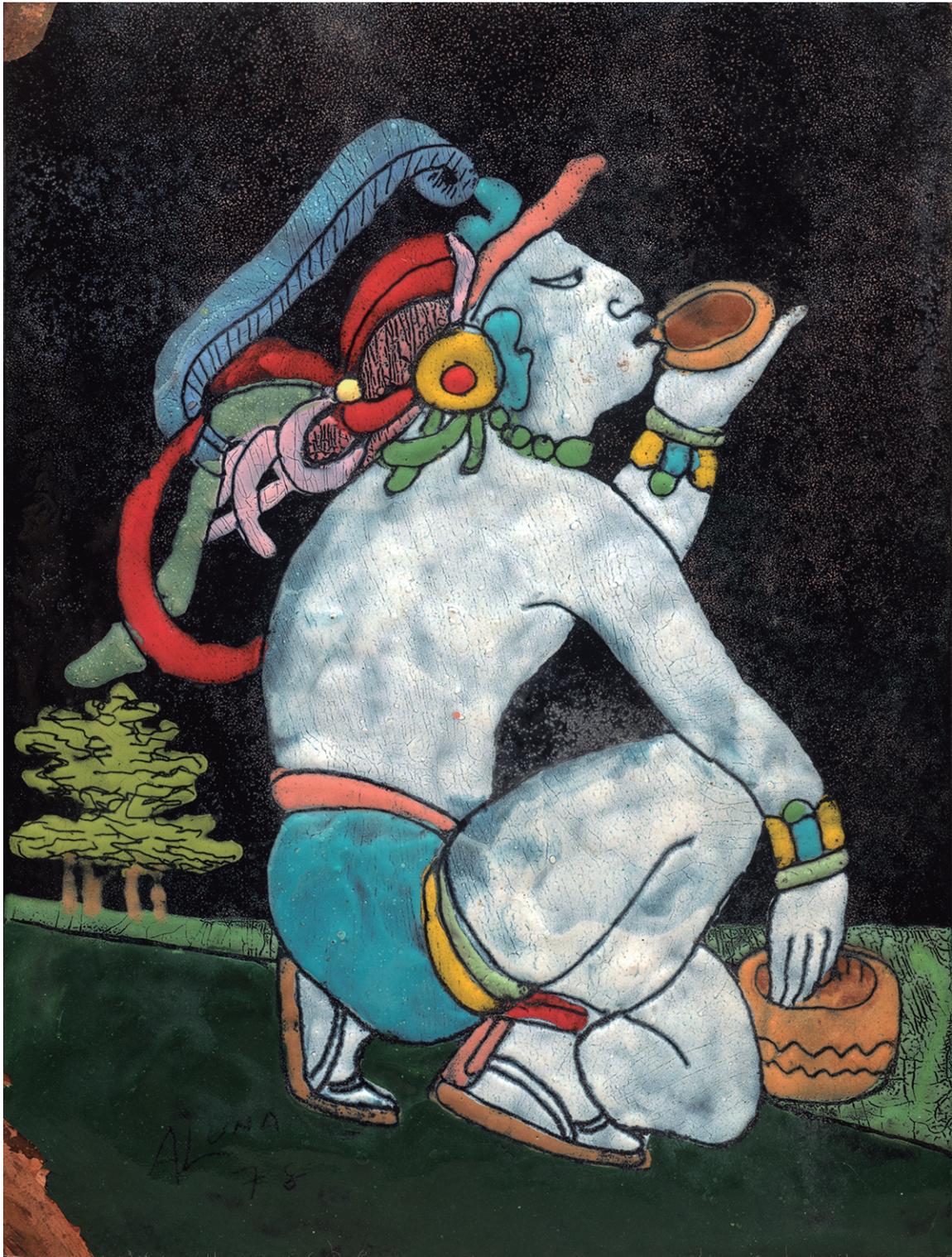
Con el pasar del tiempo se montó el horno deseado y poco a poco llegaban a la Escuela el material y otras cosas útiles para el plan de desarrollo. Es este ambiente tan pequeñito y de contradicciones había una lucha por la vida. Sacar el barro de Honduras de un estado elemental, arcaico y reducirlo a una fase artística no era tarea fácil; se necesitaba ante todo los conocimientos de un experto y la voluntad de los muchachos ceramistas. “El Mister”, como lo llamaba Arturo, comenzó por analizar químicamente las pastas, los óxidos de metal y todo lo que allí había a disposición tratando de amalgamar las propiedades de una arcilla con los nuevos colorantes. Mientras se procedía en esta dirección Arturo tomaba apuntes en los cuadernos pero luego topaba con sus propias limitaciones y con la incomunicación suya y del experto. Razones éstas por las cuales muchos procedimientos y fórmulas se le escapaban continuamente. Las dificultades lo obligaron inmediatamente a dedicarle más tiempo a los tornos; los cacharros se aperchaban en todas partes y por falta de espacio el excedente de los trabajos volvía a las pilas para hacer batido con la arcilla ordinaria. En el continuo bregar de estas cosas diarias el tiempo dejaba en Arturo y sus compañeros el sabor amargo de la desdicha y de la incapacidad creadora.

El experto tardó un año en rigurosas pruebas, pero un día radiante anunció “la gran quema”; a los muchachos esta vez les da vuelcos el corazón, los cacharros “panzudos” finalmente salen del

horno nuevo con el vidriado intacto, brillantes y de colores rojos y azules. “El Traga leña”, como lo llamaba Arturo, quedaba atrás con su panza de ladrillos y sus bocas de fuego y para siempre. Por primera vez en el patio de la Escuela se hizo una fiestecita para celebrar aquel acontecimiento sorprendente. Serafín no participó, meses atrás dejaba la Escuela con el pretexto de haber cumplido con su tarea de alfarero y la última vez que Arturo lo vio fue una mañana de octubre y en los alrededores del mercado San Isidro. Este hombre hábil permanecía inmóvil, sentado en el adoquinado de la calle, tenía una barba largo de meses, hirsuta, y con las piernas cruzadas parece un Buda esculpido con la mirada perdida en el vacío. Arturo de su “chumpa” caki extrajo unas monedas de plata y furtivamente las depositó en la chaqueta sucia y raída del maestro alcoholizado. Arturo, por la noche, acostado en su tarima de tablas, no podía dormir; lo trituraba la escena de su maestro y en su cabeza juvenil se repetían continuamente sus palabras: “Pituro, este horno maldita nos va a fregar la vida, “nos va fregar la vida” “nos va fregar la vida”...

En 1946 Arturo Machado brillante alumno de la Escuela viaja a Estados Unidos de América a especializarse en cerámica, pero a los dos años, a fines de 1948, regresa al país para hacerse cargo de la sección que mencionamos. Machado, al organizarse, cambia el sistema de enseñanza; introduce el horno eléctrico para la cochura de pocas obras, se vale del yeso en molde para objetos colados, usa el caolín de falda, enseña el modelado por piezas que salda con barbotina, adelanta en el gres y en la policromía pura, compacta. Arturo Luna que ha hecho ya grandes progresos se convierte en su aliado y juntos experimentan nuevas pastas y nuevos esmaltes. A partir de estas conquistas importantes en las exposiciones siguientes de Bellas Artes se observará la variedad de las formas y el acabado de las piezas. Por primera vez en la historia del arte cerámico del país los barros tristes de “La Montañita” adquieren consistencia y dignidad.

(Continuará)



Arturo Luna. Sin título. 1978. Esmalte sobre cobre. 15.5 x 20.2 cm. Nacido en Copán, al artista Luna le acompañó siempre la estética e inspiración del arte maya, mismo que a lo largo de su carrera artística se manifestó en sus temas y composiciones, especialmente en sus trabajos de esmalte realizados sobre una lámina de cobre. Fotografía por Paúl Martínez en formato digital 35mm, 2022.

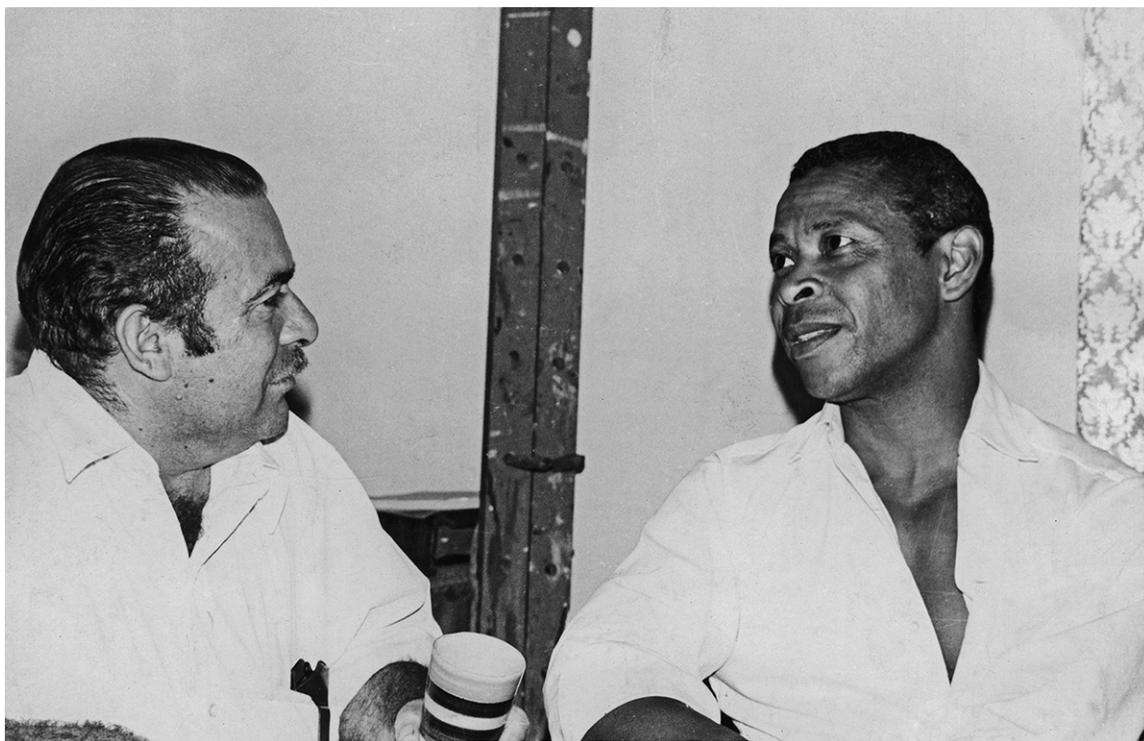
Moisés Becerra. El valor de los Caolines

Diario *El Día*, martes 13 de junio de 1978. Año XXX. No. 9601, páginas 5, 8 y 9

Cuando el departamento de cerámica se encuentra en esta fase de desarrollo yo regreso a la costa norte de Honduras y a “Pituro” forzosamente lo pierdo de vista por cinco años pero en 1953 lo encuentro nuevamente en Tegucigalpa hecho ya un hombre de 25 abriles; lucía entonces un bigotito místicamente recortado, algo castaño, y sin corbata le gustaba mostrarnos el pecho y los cuellos abiertos de unas camisas “Bolívar”, celestes o blancas de un blanco impecable. En Tegucigalpa ventilaba yo la beca que el Congreso me había concedido para estudiar pintura en Europa. Arturo me acompañaba complacido en las vueltas del papeleo y por la calle nos gustaba conversar sobre cosas reales del presente y de nuestro futuro. Un día de junio recuerdo que, mientras caminábamos sobre los estrechos andenes del Mayol, le observaba los hombros levemente caídos y su andar pausado,

casi natural; me entraron deseos de jugarle una broma de buen copaneco: “paisano, ¡qué hombros y qué andadito arristrado que tenés!”, le dije. Sonriéndose y girando sobre sus talones me contestó lo siguiente: “Vos crés que yo no pegué cargas también”.

El 27 de julio mis amigos artistas me despedían en Toncontín y Arturo, al desearme “buena suerte”, me regalaba una banderita de Honduras. Con el calor de un brazo fuerte y de unas cuantas palmaditas de cariño en la espalda lo dejaba yo en las terrazas del aeropuerto internacional, pero, meses más tarde, y con sorpresa, nos damos cita en Roma; el Congreso de Honduras le había concedido también una beca para estudiar cerámica en Italia. En cuanto nos saludamos me narró su viaje, sus impresiones y temores, el vuelo de los aviones de línea a través



Los artistas Arturo Luna y Miguel Ángel Ruiz Matute en amena conversación, el primero sostiene en su mano un vaso de cerámica producido en su taller *Lumar*. La entrañable amistad que les unió se remonta a los primeros años de estudio en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Autor y fecha desconocidos, copia en papel fotográfico 14.35 x 9.25 cm. Esta imagen pertenece a la colección documental del poeta Roberto Sosa.

del Atlántico. Luego me habló de sus proyectos e intenciones de estudiar en Faenza, la cuna de la cerámica italiana y europea. Recuerdo que mientras conversábamos de estas cosas importantes extraía de su chaqueta tropical una bolsita azul, en ella los primeros óxidos que la Escuela usara en tiempos de Serafín. Enseguida comprendí que los metales y los secretos profundos de la tierra hondureña venían con él y que el país en breve tiempo tendría un ceramista completo. En Italia desdichadamente cada uno de los dos coge por su camino y con el correr de los años nos entrecruzamos apenas unas cuantas postales con saludos, por ello supe de sus contactos con ceramistas italianos, franceses y españoles, de suerte que, al terminar los estudios, en 1958, lo encuentro nuevamente en Honduras y esta vez sí conversamos tendido y entre una pausa y otra de nuestro dialogar ameno me mostró el diploma que el Instituto Superior de Faenza le había otorgado y una medalla de oro, su primer premio. Juntos trabajamos en Bellas Artes y por tres años consecutivos lo veré atareado en el banco de pruebas, poniendo en práctica lo aprendido en Europa.

Arturo Luna nos sorprenderá en seguida con su técnica avanzada, la estilización de las formas, la policromía mate de los esmaltes, la ejecución espontánea de las obras, la decoración estilizada y su gusto afinado. Precisamente en Bellas Artes comenzará la época de los pájaros picudos, de las jarras de cuello alto y delgado, de los toros estilizados y de los peces voladores en relieve. Algunas de estas obras las realizará por medio de cordones de arcilla que él aplicaba en espirales hasta formar los rasgos característicos de las piezas. En cuanto a la decoración se valía de líneas rectas y curvas y formas geométricas que llenaba con los colores.

En Honduras, como hemos sugerido ya, se luchaba anteriormente por la brillantez de las piezas, por los esmaltados compactos de tinta unida pero nunca se había llegado a la matización de los colores primarios de los esmaltes ni a los fondos mate. Arturo logra esto y con su capacidad creadora y su técnica al día coloca la cerámica en un plano puramente estético exaltando así las formas y la belleza pura por la belleza. ¿Cuánto tiempo durará en él estos ideales purificadores de perfección? A partir de la década de los años

setenta el artista en desarrollo advierte los peligros que el oficio altamente asimilado conlleva y quiere superar los tecnicismos y la retórica de los contenidos por el contenido real de la existencia; se apodera en él una responsabilidad artística nueva y con entusiasmo desea que la materia se cargue de intensidad y mayor significado. Es ésta la razón por la cual busca nuevos motivos y observa en la calle y en los mercados la vida del pueblo que no le es extraña. Coherente consigo mismo siente la urgencia de la renovación y por ello nuevas metas, nuevos objetivos, desdichadamente, cuando la esperanza vislumbra en el horizonte la muerte lo sorprende y trunca estos ideales prometedores, fruto de la larga experiencia artística y de su madurez. Deja en Honduras sin embargo su gran aporte en el arte y sus deseos de querer identificarse con la vida de los demás hombres.

Honda satisfacción me causaba verlo completamente rodeado de muchachos, hablándoles de las texturas y calidades de la arcilla, el valor de los caolines y de las posibilidades de convertirlos en lozas y porcelanas; quizá esos muchachos posean ahora las revelaciones y secretos del maestro Luna, quizá ellos puedan continuar la tarea interrumpida y sepan avanzar por los caminos que el artista señaló. Quizá esos muchachos se conviertan un día en los colosos del arte cerámico y en los capitanes de industria y sientan como es el palpito de la tierra y con su fuerza creadora plasmen la vida y sepan darle al país nuevos impulsos.

Milán, abril de 1978.

(Fin)



Arturo Luna. 1961. *El festín*. Técnica mixta.
Fotografía por Evaristo López Rojas en película reversible en color formato 120mm. 1992.



Arturo Luna. 1960. Sin título. Escultura en cerámica. 55 x 46 x 16 cm.
Fotografía por Paúl Martínez en formato digital 35mm. 2022.